

INFORME

PRESENTADO AL SUPREMO GOBIERNO

POR EL GOBERNADOR DE MANABI,

CON MOTIVO DE LA ÚLTIMA CAMPÑA CONTRA

RUIZ SANDOVAL



PORTOVIEJO

IMP. DE "EL BIEN PÚBLICO"

1887.

INTRODUCCION.

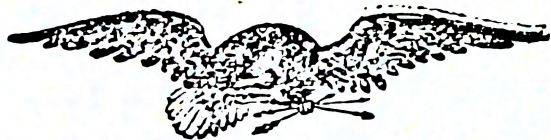
En naciones donde el pueblo tiene el derecho de examinar y fallar sobre la buena ó mala dirección que hubieren dado á la cosa pública los encargados para administrarla; el conocimiento de los hechos realizados, en cualquiera de los ramos del gobierno, pertenece á la generalidad de los ciudadanos, porque ese conocimiento sirve de base para el solemne fallo. Esta íntima persuasión, que ha sido siempre la norma de mis actos oficiales, me impone el deber ineludible de dar publicidad á los principales documentos en que constan los sucesos que han tenido lugar en la última campaña contra los montoneros.--- Desde luego, está lejos de mí la pueril vanidad de suponer que he acertado siempre en mis disposiciones; creo al contrario, que ellas adolezcan de errores de concepto, más nunca de intención.

Si fuera posible condensar en este escrito, todos, ó siquiera una parte de los pormenores que durante el lapso de tiempo corrido desde 1883, se han verificado en esta provincia; acaso comprenderían mis conciudadanos cuánto hemos tenido que hacer para luchar, no solamente contra los que, á mano armada, han intentado derrocar las instituciones y escalear el Poder, sino también, y lo que es más, para reprimir los constantes desbordes de las pasiones exaltadas, talvez por un espíritu de provincialismo; hacer guardar los fueros y garantías del ciudadano; conservar la augusta magestad de las leyes, y atenuar en parte los males que han pesado sobre nuestra provincia, en una época de revueltas constantes.

Sin embargo, el tiempo y los documentos públicos que existen en el archivo de la Gobernación, que he tenido la honra de desempeñar, comprobará elocuentemente mi amor é interés por este suelo en que he nacido, y al cual deseo vehementemente toda clase de ventura y prosperidad.

José Antonio María García.

—[O]—



INFORME [*]

Nº 33.—República del Ecuador.—Gobernación de Manabí. Portoviejo, Julio 4 de 1887.—Honorable Señor Ministro de lo Interior.—Quito.—De grande importancia son, sin dudã alguna, para el Gobierno y para el país, los acontecimientos que se han realizado en los últimos dos meses que ha durado la cruda y activa campaña emprendida contra los insurrectos acaudillados por el filibustero Ruiz Sandoval, dignísimo Jefe que la demente demagogia ha traído á nuestro suelo para llevar adelante la ruína, la desolación y la muerte, en esta desgraciada sección de la República. Larga y sumamente desagradable sería la enumeración de todos los escandalosos actos de relajación y desenfreno, en que la moral, la religión y la ley, han sido vilmente escarnecidas, y en las que la familia, la propiedad, en una palabra, todas las bases sobre que descansa el orden social, se han visto atacadas por los dignos corifeos de un caudillo, que no para mientes en la ruína de la patria, á trueque de levantar sobre los escombros, el pedestal de la propia grandeza y realizar bastardas ambiciones. Pero no me detendré en consideraciones de este género, porque mi objeto es solamente dar cuenta al Supremo Gobierno, de las disposiciones dictadas y de las operaciones llevadas á cabo en esta época: por eso, me limito á hacer una reseña de ellas, ciñéndome estrictamente á la verdad de los hechos, á fin de que la historia del país, pueda aprovechar en lo que valgan estos datos. Dignaos, Señor Ministro, prestarme vuestra atención.

En el mes de Abril, después de mi regreso de Manta, donde había permanecido casi un mes por motivos de salud, recibí comunicaciones de Guayaquil, las cuales me ponían al corriente de los preparativos que hacían los montoneros del Daule, á cuya cabeza se había puesto el titulado General Ruiz Sandoval. Por el alcance que se daba á las noticias, respecto al número de los insurrectos, á los recursos bélicos con que podían contar, y las recomendaciones que se hacían en favor del nuevo caudillo, presentía que se acercaba una época en que las armas del Gobierno podían lucir dignamente contra un adversario que, al decir de los partes recibidos, valía más que todos los montoneros juntos. Sin embargo, los hechos realizados, prueban que Ruiz Sandoval no es otra cosa que un aventurero de la peor laya, de aquellos que toda sociedad honrada expelle de su seno como cuerpo putrefacto, que no tiene más mérito que esa patente de escandaloso hurto que llevan los malhechores que hasta hoy han dado en la flor de titularse entidades políticas.

Desde luego principié á dar algunas disposiciones, no obstante de encontrarme postrado en cama, con una dolencia horrible: llamé al servicio la guardia nacional de la provincia, hasta poner en manos todo el armamento que teníamos disponible, llegando con esta medida á contar con un pié de fuerza de más de seis cientos hombres, cifra superior á todas las que hasta ahora hemos tenido en servicio desde 1884.

En posesión de este respetable número de fuerza, teniendo disponibles toda clase de recursos, y contando más que todo, con la justicia de nuestra causa y la costumbre de vencer á una muchedumbre medrosa de su propio crimen, opiné que debía abrirse sin demora operaciones sobre Paján, donde á la sazón se encontraba establecido el cuartel general de Ruiz Sandoval y los suyos. Esta medida era sumamente conveniente, por cuanto se evitaba la reconcentración de las fuerzas contrarias, como pudieron hacerlo sin estorbo ninguno. En contestación á mi nota oficial en que indicaba el plan de campaña que debía observarse, recibí de la Jefatura de Operaciones, el oficio que en unión del mío acompaño en copia, marcados con los números 1 y 2.

Diariamente recibía avisos de las autoridades del cantón Jipijapa, que con recomendable interés seguían los pasos á los montoneros: por estas noticias, sabíamos el núme-

ro de las fuerzas contrarias: la calidad de los elementos de que disponían y la dirección que llevaban en sus marchas; en suma, estábamos en situación de proceder, con toda certeza, teniendo voluntad para operar. Pero á mis continuas instancias para abrir operaciones, se contestaba siempre con negativas, en las cuales se alegaban frívolos pretextos, extraños y hasta desdorosos para el militar que marcha adelante en cumplimiento del deber sin parar la atención ante la posibilidad del peligro. Tanto de mis oficios á éste respecto, como de las contestaciones, acompaño copia legal marcada con los números correspondientes.

Después de la derrota de "Colonche", que supimos con oportunidad, volví á indicar un nuevo plan, que llevado á efecto con actividad y energía, habría dado por resultado la completa destrucción y captura de los prófugas de "Colonche"; quienes en su avance sobre el puerto de Cayo, tenían indispensablemente que seguir, como lo hicieron, por las playas del mar, donde hubieran sido exterminados. Esta operación era sumamente fácil, desde el momento que teníamos en Jipijapa más de doscientos hombres entre veteranos y tropa de milicias; pero la Jefatura de Operaciones, llevando adelante su plan de mantenerse á la defensiva, había dado órdenes á los Jefes de Jipijapa, para que no abandonaran la plaza á más de una legua de distancia. Igual cosa se hacía en esta ciudad, dejando por consiguiente, á merced de los montoneros, todo el resto de la provincia. Por mi parte sentía rubor y vergüenza ante tanta inercia, y no obstante de que solamente hacia dos días que me encontraba de convalecencia, al saber que el enemigo avanzaba sobre Montecristi, dirigí al Señor Jefe de Operaciones, una comunicación, en la cual le pedía que pusiera á mi disposición ciento cincuenta hombres para ponerme á su cabeza; pero esta patriótica solicitud, hija de mi interés, jamás desmentido, para conservar el orden en la provincia, cuyo mando superior me ha confiado el Gobierno, fué contestada, no solamente con una negativa, como hasta entonces había sucedido, sino con el ultraje de hacer pedazos y arrojar á la calle mi oficio, agregándose palabras que callo, porque mejor quiero olvidarlas.

Contrariado con tantas oposiciones, resolví mi viaje á Guayaquil, con el objeto de entenderme personalmente con la Comandancia General, y poder conseguir órdenes encaminadas á la destrucción del enemigo; pero cuando me preparaba á ponerme en camino, varios amigos vinie-

ron á proponerme una entrevista con el señor Jefe de Operaciones, en la cual se acordara lo conveniente, de acuerdo con el estado de la situación: acepté de muy buen grado y desechando explicaciones personales, en mira solo de los intereses del país, quedó convenido que en el mismo momento saldríamos de esta plaza; el señor Jefe de Operaciones con docientos cincuenta hombres sobre Montecristi, y el infrascrito con dirección á Jipijapa, á tomar el mando de la fuerza y avanzar sobre el Jurón y Manantiales, vía de Montecristi. Con esta medida, caso de que el enemigo hubiera retrocedido, habría sido tomado en un círculo de hierro, estrechado como se encontraba sobre la costa.

A las dos de la mañana del día 29 de Abril, se movilizaba la fuerza de esta capital, por el camino que conduce á Jipijapa, bajo las inmediatas órdenes del señor Coronel Jefe de Operaciones, y la de los señores Coronel Don Elíseo Darquéa y Comandante Emilio Solórzano, con tropas de línea y de milicias respectivamente, formando todo un total de más de docientos setenta hombres. A pocos momentos de nuestra salida de la ciudad, principió á caer sobre nosotros una lluvia copiosísima que dificultaba la marcha que se hacía lenta al traves de las densas sombras de la noche. La aurora del nuevo día nos saludó en el cruce que conduce á La Pila, vía de Montecristi: allí debíamos separarnos: yo para seguir á Jipijapa, á tomar el mando de aquella guarnición, y mis compañeros para avanzar sobre Manantiales, Jurón y Cantagallo, todo de acuerdo con el plan proyectado y que ya he hecho mención. Mi estado débil, que apenas contaba tres días de convalecencia, debía resentirse con el insomnio y con la humedad de la noche; y así fué en efecto, porque en la mañana de aquel día, sufrí vértigos y estuve á punto de tener un desmayo; pero, repuesto un tanto de ese malestar, despedíme de los Jefes y Oficiales que se separaban, y seguí á mi destino acompañado de unas veinte personas, entre las cuales se contaban, mi Secretario y el Doctor José A. Manrique, que quiso compartir con nosotros los azares de la campaña que se iniciaba. Como más conocedor que soy de todos los lugares de esta provincia, había dado mis instrucciones al señor Jefe de Operaciones, para seguir la ruta hasta Manantiales, donde suponíamos se encontraba el enemigo, ó si éste se hubiera movido de allí, seguirle la pista hasta alcanzarlo y batirlo: igual cosa debía hacer yo por mi parte, con los docientos hombres que mi hermano el Cor.

nel de guardia nacional, Miguel García, tenía en Jipijapa, Salvo algunas contrariedades inesperadas, este plan habría sido desempeñado con puntualidad; pero el enemigo, previendo sin duda, nuestra intención, alzó el campo de Manantiales, y pasando por las cercanías de Montecristi, la misma noche que nosotros salíamos de esta plaza, siguió con dirección á Charapotó, que lo ocupó al día siguiente, llevando consigo, en calidad de presos, á los señores Doctor Cirielli, Cura de Montecristi, Don Fernando Zevallos y un hijo menor de Don Manuel Róbles, á todos los que exigían por su libertad gruesas sumas de dinero, habiendo conseguido al fin, arrancarles en Bahía de Caráquez, algunas cantidades de más ó menos consideración, así como lo habían hecho con los señores Juan Bello y Nicolás Chávez, después de torturarlos.

A las 3 ½ p. m. llegué con mis compañeros á Jipijapa, y á las 5 del mismo día estaba formada la tropa para desfilar con dirección á Cayo, por donde podía el enemigo retroceder, ya para evitar un combate con las tropas del Coronel Avilés, ó ya porque hubiera sido derrotado por ellas; pero, cuando iba á emprenderse la marcha, se recibieron dos postas que habían hecho los señores J. J. González y Doctor Camilo Andrade, Coronel de milicias y Jefe Político, respectivamente. Estos postas nos comunicaron que el enemigo había abandonado Manantiales en la noche del día 29 y avanzado hácia Montecristi, Con esta noticia, creí que la suerte favorecía al Coronel Avilés, y mandé que se restituyeran á sus cuarteles las tropas, con orden de estar listas para emprender la marcha á Portoviejo, á las 5 de la mañana del día siguiente 1^o de Mayo; pero, á las nueve de la noche, recibí un expreso que me llevó comunicaciones del señor Comandante Zambrano, quien había quedado en esta plaza al mando de la guarnición y desempeñando accidentalmente la Comandancia de Armas. Por ellas me informé que el enemigo había ocupado la ciudad de Rocafuerte, circunstancia que me hizo dar órdenes para regresar en el acto á Portoviejo con una parte de la fuerza, en apoyo de esta plaza, que estaba bastante débil. Una hora después de recibido el posta, estábamos en marcha, quedando el Coronel García, con más de cien hombres de guarnición y con instrucciones suficientes. Nada notable pasó en el transcurso de la noche hasta las cinco de la mañana en que, habiendo mandado hacer alto en la loma de Quimisque, con el objeto de esperar la incorporación de la fuerza de roc.

guardia, recibí un posta que me hacía el Coronel Avilés de Montecristi, con él me participaba la ocupación de Charapotó por los facciosos, y su salida en seguimiento de ellos; decíame también que debía amanecer en las inmediaciones de Tapatapa, para atacarlos sin demora. Con esta noticia, dí mis órdenes al Jefe que me acompañaba, señor Mayor Lalama, y redoblando la marcha, seguí para llegar á Portoviejo y continuar en protección del señor Coronel Avilés, que ya creía cerca del enemigo. A las diez a. m., llegué con los pocos de á caballo que me acompañaban, al Puerto Real de esta ciudad, y mi sorpresa fué grande cuando oí la corneta de la tropa del Coronel Avilés, que tocaba marcha por el lado Sur; llegaba en efecto, esa fuerza que yo suponía cerca del enemigo, al mismo tiempo que nosotros, destruyendo con su presencia las halagüeñas esperanzas que había concebido. Averiguada la causa por la cual se había cambiado tan bruscamente el plan que se me anunció, y que por cierto era magnífico, supe que en Montecristi un español, comerciante, había dado al señor Coronel Avilés, informes tan exagerados respecto á las condiciones de la fuerza enemiga, la cual hacía subir á más de quinientos voluntarios, perfectamente armados y mejor municionados, que el señor Coronel Avilés creyó prudente regresar á Portoviejo, temeroso sin duda, de que esta plaza fuera atacada.

De grave trascendencia era para nosotros la interrupción del plan, y el regreso de nuestras fuerzas á esta plaza implicaba nada menos que la irreparable pérdida de un tiempo precioso que el enemigo debía aprovechar para proveerse, como lo hizo en el valle de Rocafuerte sin ser perseguido, de caballos descansos en que continuar su marcha y adelantarnos dos jornadas; de otra manera, y continuando la persecución con actividad, habrían sido alcanzados sin remedio; pues, según los informes que hemos recogido después, con los prisioneros, en la marcha que hicieron el Viernes, de Montecristi á Charapotó, perdieron la mayor parte de la noche en diversas direcciones por haberse extraviado del camino principal.

Lo ejecutado ya no podía remediarse, sino redoblando la actividad de nuestra parte, por eso pensé inmediatamente en la marcha, pero luego que hube llegado á esta ciudad, se me informó que el señor Jefe de Operaciones, había manifestado que no podía expedicionar sino después de ocho días, que descansara la tropa. Semejante resolu-

ción, al ser verdadera, era un escándalo para los pueblos de Manabí, que se veían invadidos y á merced de una bandada de aves de rapiña, de la cual la fuerza pública no les libraba; y además, la opinión crecía en contra del Gobierno y en favor de los insurrectos, al presenciar tanta inercia. Para saber lo cierto sobre esta alarmante noticia, mandé llamar al señor Jefe de Operaciones, á quién manifesté en breves palabras, la necesidad que había de destacar inmediatamente sobre Charapotó, docientos hombres que cubrieran la línea desde Tapatapa á La Crusita, con lo cual entre otras ventajas, había la de evitar que el enemigo pudiera apoderarse de ONCE MIL TRECIENTOS SUCRES que traía de Guayaquil el señor Tesorero de Hacienda, Don Pedro José Solórzano, que debía llegar al día siguiente á Manta, en el Vapor inglés "Manaví." Aceptadas mis observaciones, fué destinado para esta empresa el señor Comandante Emilio Solórzano, quién en unión del Mayor Lalama, salió el día 2 con docientos hombres, en los mejores caballos que teníamos disponibles. Nosotros, es decir, el infrascrito y el señor Coronel Avilés, con docientos soldados de infantería, ocupáramos en seguida, como en efecto lo hicimos, la plaza de Rocafuerte, para expedicionar sobre Charapotó; pero pocas horas después de la salida de Solórzano, recibí avisos de haberse movido el enemigo y ocupado las Salinas, en la desembocadura del río Charapotó. Con este motivo hice posta á Solórzano, ordenándole que ocupara todos los puntos sobre la margen izquierda del río hasta la desembocadura, á fin de que con las operaciones que nosotros íbamos á efectuar, quedara el enemigo tomado en un círculo y estrechado completamente contra el mar. Pero todas estas medidas fueron infructuosas, porque los montoneros en vez de detenerse en las Salinas, como me lo habían asegurado, siguieron aceleradamente á Bahía de Caráquez, donde llegaron el 1° de Mayo, es decir, el mismo día que nosotros regresábamos á Portoviejo, llevándonos por consiguiente, dos jornadas de ventaja.

Unidos en Charapotó el día 3 de Mayo, á las tropas que mandaba el Comandante Solórzano, dispusimos que éste siguiera á Tosagua, para picar más de cerca la reguardia al enemigo, ó si era posible, tomarle la vanguardia en el trayecto de Bahía al Tambo: nosotros seguimos de frente hasta las playas del mar, donde pernoctamos. En las primeras horas del día 4, y tan pronto como la bajamar nos permitió la marcha, avanzamos sobre Bahía de Caráquez.

que ocupamos á las 9 a. m. En este mismo día llegaron los montoneros á Chone, y Solórzano cubría con sus tropas los puntos más importantes, y por donde podían escapar entre Tosagua, El Limón y Calceta. En Bahía habían dejado los montoneros á los prisioneros que cargaban consigo, los cuales recuperaron su libertad, mediante las erogaciones de dinero que hicieron en esta forma: Doctor Cirielli, Cura de Montecristi, \$ 200: Don Fernando Zevallos \$ 300: el joven Sixto Róbles S. 700.—En Montecristi, quitaron también á Don Nicolás Chávez S. 800, entre dinero y mercaderías, y en Manantiales, á Don Juan Bello S. 200. Además de estos hurtos y otros ejecutados en Chone, llevados á cabo siempre, con su conocido sistema de aprisionar á los ciudadanos, quitaron en San Vicente, al señor Martín Acevedo, MIL SUCRES; todo en nombre de la regeneración de la Patria, pregonada con descaro por los hombres que, á despecho de la civilización y de las leyes, violan escandalosamente la propiedad, y elevan el robo á la categoría de principio político. Por solicitud mía, el señor Comandante del transporte nacional "Nueve de Julio", que se encontraba á la sazón en el puerto, admitió en su buque, para conducir á Manta, á los presos ya mencionados, restituyéndose de esta manera á sus hogares con prontitud, comodidad y economía, después de largas horas de sufrimientos y vejaciones.

A las 5 $\frac{1}{2}$ p. m., y después de despachar algunas comunicaciones importantes; y de dar al Comandante del "Nueve de Julio" un parte que debía poner en la oficina telegráfica de Santa Elena, para anunciar al Supremo Gobierno nuestras operaciones contra los montoneros, abandonamos Bahía de Caráquez, con dirección al Tambo, jurisdicción y punto inmediato á Tosagua, donde se encontraba Solórzano. A pocos momentos la noche vino á envolvernos con sus sombras; noche horrible, y en la que la distancia, el mal camino y la plaga, nos atormentaron sobremanera. A las doce del día siguiente, arribamos al Tambo en donde hicimos alto para que tomara rancho y descansara la tropa, al mismo tiempo que para proporcionarnos algunos bagajes que nos eran indispensables para acelerar la marcha.—En este sitio vino á vernos el Comandante Solórzano, y nos informó que el día anterior había desocupado el enemigo la plaza de Chone y seguido por Las Chamisas, en dirección á la montaña. En Chone habíanse aumentado las filas contrarias con algunos individuos que

se les juntaron, de aquellos á quienes la vagancia brinda en los tumultos, y ascencas magnífica o asción para medrar. Eran, pues, los insurrectos, unos docientos hombres más ó menos, y entre ellos algunos ingratos é incorregibles, á quienes había yo inductado á nombre del Gobierno, haciendo uso de la suma de facultades extraordinarias que se me había delegado. A su debido tiempo haré mención de estos particulares.—Instruido de todos los pormenores relacionados con el enemigo que huía de nuestras tropas, y estando los soldados de Solórzano provistos de buenos bagajes, le ordenamos que siguiera la persecución con actividad, redoblando las marchas hasta darles alcance y batirlos; y, como la salida de Chone de los montoneros, podía ser una estrategia que diera por resultado, el que estos contramarcharan por la vía de Briseño á Bahía de Caráquez, donde quizá logrando una sorpresa, podían apoderarse de los productos de la quincena de la Aduana, ordenamos que el Comandante Zambrano con cincuenta Manabitas, regresara inmediatamente á guarnecer ese puerto. Con estas y otras disposiciones de menor importancia nos pusimos en marcha á las 7 a. m. del día 6, con destino al Peludo, punto estratégico que era indispensable ocupásemos á fin de tomar todas las salidas por donde pudieran retroceder los montoneros, para burlar la persecución de las fuerzas de Solórzano; pero á poca distancia dejamos avanzar el grueso de nuestra tropa y con algunos oficiales tomamos la dirección del poblado de Tosagua, de donde, habiendo despachado varios postas y tomado algunas provisiones para nuestro uso, continuamos con dirección al campamento que nuestros soldados habían formado en el puerto de El Peludo.

Inter se realizaban estos acontecimientos, había llegado á Portoviejo, con la fuerza de su mando, el señor Comandante Montero. Este Jefe me dirigió una comunicación fechada en Rionuevo, la misma que recibí en mi viaje á Jipijapa: en ella pedía noticia del paradero de los montoneros, y me decía que si su presencia era necesaria en esta provincia, avanzaría sin demora. Con este motivo le despaché un expreso, instándole para que viniera en el acto, como lo hizo. De Tosagua le ordené que avanzara sobre Chone, por la vía de Junín y Calceta, orden que ejecutó con toda puntualidad, llegando sus tropas á las inmediaciones de nuestro campamento de El Peludo, el día 8, y pasando personalmente á vernos á las 12 m., para ponerse á mis órdenes, lo mismo que hicieron los demás Jefes que en est

momento le acompañaban.

Después de compartir con los recién llegados el escaso alimento y provisiones, que el lugar y las circunstancias nos proporcionaban, partimos con el señor Coronel Jefe de Operaciones y algunos de nuestros oficiales, á saludar á las tropas del Comandante Montero, que encontramos como siempre entusiastas y resueltas á perseguir al enemigo, fuese cualquiera el lugar donde se ocultara: regresamos por tanto sumamente complacidos en la tarde del mismo día.

A primera vista parecerá excesivo el número de fuerzas que teníamos disponibles y hasta innecesario en cierto modo el auxilio de las tropas del señor Comandante Montero, que ascendían á 200 plazas; pero no se trataba únicamente de asegurar el éxito de un combate; puesto que, para esto habrían bastado cien soldados. La aglomeración de tropas en los lugares que he mencionado, tenía por objeto cubrir las distintas salidas por donde podían escapar los montoneros: por eso, ordené también á mí hermano, señor Coronel García, que desocupara la plaza de Jijapa y viniera á cubrir ciertos sitios en Riochico y sus inmediaciones. En el curso de esta narración, verá el Supremo Gobierno, que con nuestras fuerzas hemos ocupado un número considerable de vias y obligado al enemigo á marchar siempre adelante hasta ofrecer á los valientes soldados del n.º 3.º de línea una nueva ocasión de ostentar su bravura en Quinindé. En efecto, nosotros hemos ocupado en esta campaña, con éxito más ó menos importante, los puntos desde Chone, Mongolla, Bahía, Pedernales, Las Lajas de Cogimí, Esmeraldas, Rioverde y La Tola, con cuyas operaciones pudo el señor Coronel Almeida, batir y desarimar, como lo hizo, al enemigo, atravesando, eso sí, selvas, montañas, ríos y lagos, que por su naturaleza habrían hecho desistir de tan árdua empresa á otro menos resuelto y abnegado que este Jefe, digno de todo encomio y que recomendando al Supremo Gobierno, como también recomendando á los demás Jefes y Oficiales que han militado conmigo en esta campaña; pues todos han desempeñado sus deberes con entusiasmo y decisión, disputándose los puestos de mayor peligro.

Nuestra permanencia en El Peludo debía prolongarse más ó menos tiempo según fueran las noticias que tuviéramos de la expedición del señor Comandante Solórzano; así pues, el Domingo 8, el señor Jefe de Operaciones, el in-

frascrito, mi Secretario, el Cirujano Doctor Delfín Zambrano y algunos oficiales, nos pusimos en camino para Chone, en donde el Sr. Cura Dn. Teófilo Rubianes que nos acompañaba, celebró el santo sacrificio de la misa y partió á la población de Canuto, con el objeto de auxiliar á Don Abigail Zambrano, que se encontraba en estado de muerte, y seguir como lo hizo á Portoviejo. En Chone recibimos comunicaciones del Comandante Solórzano, participándome que el enemigo llevaba rumbo directo á Mongolla. En el acto despaché un posta á Bahía de Caráquez, con pliegos para el señor Coronel Almeida en Esmeraldas, poniéndole al corriente de nuestras operaciones y del rumbo que seguían los montoneros, á fin de que estuvieran prevenidos y pudieran con oportunidad cortarle las retiradas ó atacarlos entre Esmeraldas y La Tola. Esta comunicación debía conducirla el transporte nacional "Nueve de Julio"; pero no encontrándose á la sazón en la Bahía, ordené nuevamente al señor Francisco Avellán, Jefe Político del Cantón Sucre, que fletase un bote y la despachara en el acto, pues era como se ve, urgentísimo su envío. Mi comunicación surtió el efecto que me proponía; pues el activo Coronel Almeida dió sus disposiciones y mandó reforzar el pequeña guarnición de Quinindé, que fué atacada el 18 por los montoneros. El éxito de ese combate, siempre favorable á las armas del Gobierno, lo sabe U. S. H. En él lució más el heroísmo de los soldados del n.º 3.º; pero es notable el descuido del Jefe que comandaba esa tropa; pues, no solamente, no se hacía el servicio con la rigurosidad y vigilancia que prescriben las ordenanzas militares, mucho más estrictas cuando se está al frente del enemigo, sino que hasta se permitió una sorpresa, en circunstancias de estarse bañando muchos de los soldados de la pequeña guarnición.

A juzgar por las últimas comunicaciones del Comandante Solórzano, fechadas el día 7 en el punto de Palalache, debía alcanzar á los montoneros y exterminarlos, cuando más tarde, el lunes nueve; pero en previsión de cualquiera eventualidad, hicimos salir de Chone al señor Comandante Quesada, con setenta hombres de las fuerzas de Montero, para apoyar en un todo las operaciones de Solórzano. Esperando con impaciencia, noticias de un triunfo que creía seguro, dada la calidad de nuestros soldados, los elementos de guerra que teníamos, y más todavía, los anuncios que me había hecho el Comandante Solórzano, permanecimos en nuestro campamento de El Peludo, hasta

al día 14 en que, en vez de recibir la tan deseada noticia de una victoria, supe que la expedición de Solórzano contramarchaba sin haber conseguido alcanzar á los montoneros, ni siquiera haber llegado á Mongolla; sitio donde éstos se embarcaron para bajar á Esmeraldas. Este regreso que puede considerarse como un contraste, puesto que alteraba completamente el plan que nos proponíamos, contribuyó á hacer más larga y penosa la campaña que debió terminar mucho antes, en el territorio de Manabí, procediendo con más vigor y actividad desde que el enemigo apareció y se organizó sin ser molestado, en la parroquia de Paján.

Como me encontrase en Chione al saber la noticia del regreso de las fuerzas de Solórzano, ordené al señor Comandante Montero que avanzara con su tropa, é incorporando las que mandaba el Comandante Quesada, que estaban ya unidas á las de Solórzano, siguiesen por la montaña con dirección á Pedernales. Nosotros alzamos en el momento nuestro campamento de El Peludo y seguimos por la costa á Pedernales, como que era el punto objetivo de las futuras operaciones que afortunadamente se han ejecutado, y el mismo donde según el parte de Solórzano, se dirigía el enemigo. Sin embargo de que la tropa que conducíamos iba la mayor parte á pié, redoblamos las marchas todo lo que humanamente nos era posible. El 15 á las 8 a. m. llegamos á San Vicente y permanecemos lo suficiente para que nuestros soldados tomaran el rancho indispensable, hasta ir á formar nuestro campamento en la hacienda del señor Román Centeno, patriota y decidido amigo nuestro, que tuvo la fineza de acompañarnos hasta Pedernales. El 16 alzamos el campo para ir á pernoctar en Río Mariano; de allí avanzamos hasta llegar á las 8 de la noche del 17 á Tabunga. A las 3 de la mañana continuamos adelante hasta llegar á las 8 a. m. á Pedernales; el infrascrito, su hermano Melchor, Don Román Centeno, dos oficiales y tres soldados. La tropa fué llegando poco á poco bastante tarde; y no podía ser de otra manera; atendíendose á la larga distancia que había recorrido, y las dobles marchas que había hecho. El Comandante Zambrano, con algunos soldados, llegó poco después que nosotros, habiéndolo tomado en un bote de Bahía la vía marítima, y haciendo avanzar por tierra, la tropa que estaba á sus órdenes. Por una feliz coincidencia que prueba más cuanto importa la actividad en las operaciones militares, llegó casi al

mismo tiempo, con diferencia de horas: una parte de las fuerzas del Comandante Montero, que venían, como hemos dicho, desde Chone por la montaña.

Desde las primeras horas de mi llegada á Pedernales, me ocupé de enviar postas á distintos lugares: á Esmeraldas, participando á las autoridades nuestro arribo á Pedernales, y pidiendo informes á cerca del paradero de los insurrectos, para avanzar sobre ellos; á Bahía, para que el señor Jefe Político del cantón Sucre, se pusiera á la voz con el Comandante de "El Nueve de Julio", á fin de que esta nave fuera á trasportar nuestras fuerzas á Muisne, Atacames, Esmeraldas, ó donde fuera necesario para batir al enemigo. Al día siguiente 19, tuvimos un vapor á la vista, que por lo pronto creímos fuera el "Nueve de Julio"; más, luego reconocimos ser el transporte "Cotopaxi", á cuyo bordo se encontraba el Director de la Guerra, señor General Don Reinaldo Flores, Jefe distinguido con quien tuve el honor de permanecer algunos días durante esta campaña, reconociendo y apreciando las altas prendas que le adornan: ya como militar, ya como amigo cumplido y caballero so.—El señor General Flores, al saber en Bahía que yo seguía por tierra en persecución del enemigo por la costa, con dirección á Esmeraldas, fué en el acto á prestarnos su valioso apoyo, y como Jefe superior de las fuerzas en su carácter de Director de la guerra, ordenó que se embarcara la tropa que comandaba el Comandante Montero y ochenta hombres del n.º 1.º de línea, al mando del Comandante Zambrano; más, habiendo éste tardado todo el día en llegar con su gente, demoró su embarque hasta muy avanzada la noche, haciéndose preciso que el señor Director de la Guerra, mandase expresamente á llamarlo con el Comandante Montero.—Terminado el embarco de Zambrano, seguimos con rumbo á Esmeraldas, donde llegamos á las 10 a. m. del día siguiente: allí supimos el triunfo obtenido en Quinindá por 45 soldados del n.º 3.º de línea, que fueron sorprendidos y atacados por todo el grueso de las fuerzas insurrectas. Con estas noticias dictó el señor General Director de la Guerra, algunas disposiciones encaminadas á cortar á los derrotados toda clase de recursos y obligarlos á la rendición.—El 23 zarparamos con rumbo á Tumaco, y permanecemos hasta el 27, recorriendo con proligidad todos los ríos del territorio de Esmeraldas, desde el magestuoso Mira, hasta el Callapas, en donde se encuentran los caseríos de Pianguapí, Casas Viejas, Limón, San Lorenzo, La Tola, Rioverde, y otros;

menos importantes, cuya enumeración omito. Desde el 27 hasta el 29 permanecimos en Esmeraldas, haciéndonos en seguida al mar con rumbo á Bahía de Caráquez, en donde desembarqué el día 30, mientras el señor General Director de la Guerra siguió á Manta á recibir de "El Nueve de Julio" el carbón suficiente para seguir viaje.

Por este tiempo, ya el señor Coronel Avilés, que había quedado en Pedernales, con la fuerza de su mando, había levantado el campo y seguido directamente á Portoviejo. En el curso de esta narración verá el Supremo Gobierno, si esa marcha fué oportuna, y si era más conveniente el haber podido disponer de esa fuerza para perseguir al enemigo.

El 1^o de Junio siguió el "Cotopaxi" con rumbo al norte, y arribamos á Mompiche en el mismo día á las 8 $\frac{1}{2}$ p. m.: allí vino á vernos el Celador del sitio, y nos informamos por una comunicación del señor Coronel Almeida, de los sucesos que habían tenido lugar sobre el río de Muisne, en donde, después de una persecución de 10 días, se dió alcance al enemigo, tomándoles 121 fusiles de diferentes sistemas, más de 300 cartuchos metálicos, 8 prisioneros y 2 muertos.—Esta victoria reducía completamente al enemigo á la impotencia; por consiguiente, ya no quedaba otra cosa que hacer, sino perseguir y capturar á los fugitivos que, desarmados, hambrientos, y soportando la inclemencia del clima de la montaña, vagaban por las selvas como Cain, sin tener un solo momento de reposo.—Restaba por nuestra parte, hacer el último esfuerzo para concluir la obra comenzada y llevada á cabo con perseverancia y abnegación: para conseguirlo, salté en Pedernales con 13 artilleros y 49 soldados del n^o 1^o de línea, al mando del Capitán Don Sergio Cabrera y tres oficiales. Tan luego como hube ocupado la población, despaché un posta á Bahía de Caráquez, llevando comunicaciones del señor General Flores, para Guayaquil y Quito. Hice, igualmente, otro posta bien pagado, al Capitán Govca, para que no abandonara el sitio de Mongolla; y antes al contrario, asegurando convenientemente los prisioneros que tenía, bajara á ocupar el punto de Estero de Plátano. En Pedernales, se me presentó el Alférez P. P. Pillasagua, que había sido tomado por los montoneros y conducido preso hasta el combate de Quinindé, padeciendo todo género de malos tratos. Este oficial me informó, que en Playa de Guagua, había 15 heridos del enemigo, entre ellos, el titulado Coman-

dante Monteverde, Comisario de guerra de Ruíz Sandoval. Dijome también, que Crispín Cerezo había muerto en Quinindé, por consecuencia de un balazo entre la garganta y la mandíbula, que le disparó uno de los prisioneros, en desagravio de 300 palos que le hizo dar en las cercanías de Montecristi.—El día 3, partí para Daule y Cojimí, avanzando hasta Guadual: el 4 seguí para Las Lajas, á donde llegamos al amanecer del 5 en tres canoas y una balandra, que tuve por conveniente tomar en arrendamiento para las operaciones fluviales. De Las Lajas me puse en comunicación con el señor Coronel Almeida que se encontraba en Zapotal, ó lo que es lo mismo, entre Mompiche y la boca de Daule; y, como en esos lugares se carece completamente de recursos para la vida, mandé al Celador del sitio que matara algunos cerdos que había yo comprado, y con ellos racioné la tropa, como único recurso que las circunstancias nos proporcionaban. Los días 5 y 6, los empleamos en hacer excursiones por distintos lugares de la montaña, sin resultado de ninguna clase y sin adelantar otra cosa sino saber que los fugitivos habían pasado por Mompiche. Con este motivo, mandé bajar á los artilleros y los estacioné entre Chamanga y Sálima: con el resto de la fuerza, hice cubrir desde Pedernales hasta Mongolla, siempre al mando del Capitán Cabrera.—Como un deber de justicia debo consignar, que las comisiones todas se desempeñaron con rigurosa puntualidad, mediante el vivo interés manifestado por el señor Comandante Don Francisco Avellán que me acompañaba. El honrado y cumplido Alférez Tamayo, del n^o 1^o de línea, pernoctó por orden mía en Chamanga, y al día siguiente pasó al punto de Achioté. El día 8 me dirigí á Zapotal, donde tuve el placer de abrazar al Coronel Almeida, en cuya compañía y en la de su Comisario de guerra señor Checa, pasé todo el día. De allí seguimos en unión del citado Jefe, al Portete, haciendo conducir 31 prisioneros que debían embarcarse en el “Cotopaxi” que se encontraba fondeado en el puerto.—Lo imponente del acto que ejecutábamos como agentes del Gobierno legal, y la naturaleza misma del sitio donde se verificaban estos sucesos, prestábanse á un sin número de contemplaciones que me tenían absorto: conducíamos vencidos, prisioneros y en estado lamentable, por su desnudez y miseria, á un número no pequeño de Ecuatorianos; es decir, de hombres que por diferentes causas y cediendo al frenesi revolucionario, habían caído bajo la

acción de la ley, como prosélitos de ideas y doctrinas exageradas, si tal pueden llamarse las desbastadoras irrupciones que han talado esta provincia en más de dos años.—Y precisamente, en esos mismos sitios, la naturaleza se ostenta pródiga, robusta, exhuberante, brindando al hombre laborioso, riqueza y abundancia en demasia, y una vida holgada, lejos del torbellino de las pasiones políticas: allí son necesarios y hacen notable falta, esos brazos que la ambición mezquina, alza contra la cara patria, imposibilitando ó postergando su progreso: allí debía oírse de preferencia, el sonido de los instrumentos de labranza, antes que el aterrante silvido de las balas que siembran la muerte y enlutan los hogares. Y sin embargo, esas selvas vírgenes donde apenas se ha posado la planta humana, han sido en esta vez regadas con sangre hermana; sangre preciosa que se prodiga con tanta largueza, como si no fuera necesaria para el progreso de la patria.

Después que tuvimos el honor de hablar con el señor General Director de la Guerra, regresamos á Zapotal, y despidiéndome del señor Coronel Alcázar, me embarqué para Guadalupe; de allí mandé raciones y carne al destacamento que tenía en Salina, y el Sábado 11 partí para Pedernales, á activar la marcha del Comandante Montero que debía seguir para Estero de Plátano, como en efecto lo hizo, con los auxilios que le prestó el Comandante Avellan, que yo había dejado en Pedernales. Al día siguiente, mandé cubrir el punto de Mongolla que desamparó el Capitán Gallegos; y á éste le ordené que marchara á La Morena para cortarle el paso á Luna y Sandoval, que habiendo logrado pasar por Estero de Plátano, habían trepado la cordillera y se dirigían á Santo Domingo, con el resto de los fugitivos.

Apreciador como soy de la justicia, y rindiéndole culto en todos los actos de mi vida, me he impuesto siempre como un deber, encomiar los hechos elevados y dignos, así como censurar y condenar aquellos que no están conformes con el cumplimiento del deber ó con los mandatos expresos de las leyes y disposiciones legales: esta conducta que será siempre la norma inalterable de mis actos, me ha traído en ocasiones dificultades en el ejercicio del elevado puesto que ocupo; pero de esas mismas dificultades me honro, porque han sido teniendo en mira el beneficio general y el bien particular de todos mis conciudadanos.

Dije que censuro y condeno aquello que no está con

formé con el cumplimento del deber; pues bien, siguiendo este principio, no puedo menos sino hacer notar, que los señores Capitanes Gallegos y Govea, dejaron de cumplir mis órdenes para cubrir el punto de Estero de Plátano, dando por resultado esta desobediencia, que Luna y Sandoval encontraran franca esa vía y pudieran escapar.— No es esta la primera vez que la falta de cumplimiento en un militar, hace ilusoria cualquiera medida que se tome: se ha visto que la mayor parte de los señores Jefes, apetecen demasiado las comodidades, y se fastidian y angustian por las privaciones y faenas militares, siendo este el primordial motivo para esterilizarse, como ha sucedido, las mejores combinaciones.

En la madrugada del día 14, salí de Pedernales con 6 hombres armados á embarcarme en el Arrastradero para perseguir tres balsas que habían aparecido en el archipiélago del gran río de Cojimi. Al llegar á la playa del mar, á las 3 de la mañana y antes de entrar al Arrastradero, divisé una luz en el mar; poco después un cañonazo y en seguida se dejó oír prolongadamente el sonido del pito que acostumbran los buques á vapor. Estas dos señales inusitadas hasta entonces, me causaron no pequeña alarma, pero reconocido el vapor "Cotopaxi," supe que las señales no tenían otro motivo sino el haber perdido el fondeadero. La natural demora que tuve en esto, dió por resultado la pérdida del día, para ejecutar la comisión proyectada, pero tuve el placer de informarme de la buena salud del señor General Director de la Guerra y la de los demás amigos que viajaban con él. Con la marea de la tarde del día 15, nos embarcamos en dos canoas para llevar á cabo la proyectada excursión: el señor Capitán Cabrera me acompañaba, y quedé complacido de su buen manejo y subordinación, observada en todo el tiempo que en esta, como en distintas ocasiones estuvo á mi lado. Al llegar el sitio por donde se habían visto las balsas, lo inspeccioné con proligidad, pero no habiéndolas encontrado, juzgué que los que navegaban en ellas, habrían saltado á tierra firme por un punto denominado Galsal: por este motivo mandé inmediatamente á Pedernales al Capitán Cabrera para que cubriera y vigilará la playa, inter yo continuaba con tres soldados en busca de las balsas, operación que se prolongó hasta las once de la noche que desembarcamos en Galsal. Sin pensar en el descanso, nós internamos por el fondo de un platanal oscuro, hasta dar con una casa que mandé

registrar sin conseguir ningún provecho. Los dueños de esta casa á quienes interrogué, me aseguraron no tener noticia de las balsas que perseguíamos, ni haber visto á ninguna persona; nos obsequiaron, y aceptamos de muy buena voluntad, chicha de maduro y esto fué en aquel día y á esa hora, lo que tuvimos por desayuno. El resto de la noche continuamos la excursión por el río, internándonos para inspeccionar todos los esteros, hasta amanecer en Sálina: de allí pasamos á la isla de El Morro, frente al conchero de Chamanga, continuando hasta la boca del río Viche, en donde encontré una balsa vacía, por lo cual creí que los prófugos que la habían abandonado habrían seguido aguas arriba.—Con el fin de inquirir algún indicio que pudiera servirme para continuar con buen éxito la persecución; desembarqué en un morro de la ribera: allí efectivamente, encontré rastros humanos, como de unos diez hombres, más ó menos: seguí las huellas, abrigando risueñas esperanzas durante un trayecto como de tres leguas, que se hizo á pié por dentro de la montaña; más, cuando creíamos capturar una partida de fugitivos, dimos con una comisión nuestra que había yo mandado por la vía de Vite, la cual dió la vuelta por agua, bajando por el río de Macha. Malograda esta empresa que suponía fuera provechosa, me fué preciso tomar dos canoas para bajar al sitio donde quedaron las que me habían servido desde el principio de esta penosa excursión. El Viernes 17 seguí con dirección á la isla frente á Chamanga: en ella encontré huellas de gente que había traficado, y al internarnos en ella se percibió el ruido que ocasionaban algunas personas que corrían en dirección á un estero en donde tenían una balsa lista para fugar: ordené hacer fuego en la dirección que se percibía el ruido y resultó muerto Ismael Molina, desertor de nuestras filas en Portoviejo, y que figuraba como oficial entre los montoneros. Sepultado el cadáver, tomamos en seguida tres prisioneros, entre ellos á José Giler, famoso por sus distintos hechos de pillaje, y cuya custodia debe hacerse con precaución, para evitar que continúe en su detestable vida. Estos prisioneros me denunciaron el lugar en donde se encontró al ex-Coronel Juan F. Centeno; el mismo á quien hace un año puse en completa libertad, asumiendo ante el Supremo Gobierno toda responsabilidad, puesto que no tuve autorización para ello: fié en la palabra de honor de ese hombre que no vaciló en violarla. Inmediatamente hice posta al Coronel Almeida, para

que mandara sin demora á capturar á la negra que cuidaba á Centeno, con el objeto de que denunciara su paradero. Contestóme el Coronel Almeida que mandaría una comisión en el mismo acto, aún cuando no creía que Centeno fuera encontrado por aquellos sitios; pero los resultados y la actividad con que procedió el Capitán Cevallós, del 3° de línea, que fué encargado de la comisión, hizo que esta se aprovechase con la captura de Centeno. De la misma manera dispuse tres comisiones para capturar á Zenón Sabando; pero estas no alcanzaron un éxito igual, por cuanto las huellas de los prófugos, que les era preciso seguir, se confundían dentro de las espesas selvas y montañas, con las de nuestras propias comisiones.

Siguiendo adelante nuestra empresa por el río, divisamos como á unas cuatro millas de distancia, dos balsas del lado de unos manglares. Emprendida la persecución, me fué imposible abordarlas por la mucha ventaja que nos llevaban; pero notando que los prófugos habían saltado á una isla, dimos en buscarlos durante cuatro días consecutivos, sin conseguir dar con ellos.—Sin esperanza de realizar mi objeto, regresé á Pedernales el 23, y al día siguiente, arribó el “Nueve de Julio,” que el señor General Flores tuvo la bondad de poner á mi disposición para que fuera á Esmeraldas, en donde me esperaba, y efectivamente llegué el día 26. El 28 zarpamos en el vapor “Cotopaxi,” con destino á Bahía de Caráquez, donde arribamos el 29; allí tuve el placer de encontrar á varios amigos que fueron á esperarme, entre ellos, mi Secretario señor Antonio Segovia y Don Pedro José Solórzano, Tesorero de Hacienda de esta Provincia: con ellos me puse en marcha, y llegué á esta ciudad el 1° del presente, dando término á esta campaña, fecunda en peripecias y privaciones, pero abundante también, en buenos resultados, para cimentar y hacer estable, Dios mediante, el reinado del orden.

En Esmeraldas recibí muchas manifestaciones de afecto, de parte de las primeras autoridades civiles y militares, y de los amigos; pero entre los actos espontáneos que llenó mi corazón de gratitud, fueron las demostraciones que me hicieron los soldados del n° 3° de línea, y que consigo aquí, como un testimonio del aprecio que hago de esos valientes compañeros de armas. Agrupados en torno mío, solicitaban, disputándose la oportunidad de darme un abrazo: victoriábanme sin cesar, y llevando el frenesí de su entusiasmo, hasta un punto que me causaba sonrojo,

me levantaron en brazos, con demostraciones tan sinceras, que llegaron á arrancarme lágrimas de gratitud. Los recuerdos de Montecristi, de San Antonio, de todas partes en donde he tenido el honor de compartir con esos amigos la gloria de sostener al Gobierno legítimo, permanecían vivos, y era como será siempre, un lazo de unión que la ausencia de ocho meses no ha podido borrar. En los cuerpos de guardia, hacíanme los honores como á Gobernador de la provincia; pero en acatamiento á la autoridad superior del lugar, supliqué á los señores Jefes que evitasen esas demostraciones, puesto que allí era únicamente un ciudadano como cualquiera otro. Lo que sucedía en Esmeraldas, era para mí motivo de profundos pensamientos, y formaba contraste con las maquinaciones de un diminuto círculo de ingratos y aspirantes de esta ciudad, que han intentado, no solamente á heredarme, sino también á arrojar sombras en mi reputación, sin tener en cuenta, que muchas veces, como ha sucedido en la presente campaña, les he relevado de los deberes que les incumbía; pues, corriendo el encuentro de los enemigos del Gobierno, dando de mano á mis naturales deberes, me he convertido en soldado, por motivo de las circunstancias, sin aspirar eso sí, á grados ni á honores. El Supremo Gobierno sabe perfectamente, que en ningún tiempo he dado pábulo á la concupiscencia del poder; puesto que por tres veces distintas he renunciado la primera magistratura de esta provincia, hasta con instancias para conseguir mi relevo.—Tampoco debo guardar silencio ante la indolencia y punible conducta, observada por las autoridades de este lugar, cuando se efectuó el suceso que voy á narrar. Inter me encontraba en la parroquia de Pedernales, ocupado en exterminar los últimos restos de facción de montoneros, fueron asaltados en su hacienda de La Laguna, mis hermanos Miguel y Melchor; el primero Coronel y 1.^{er} Jefe en actual servicio, del Batallón "Manabí," y el segundo, voluntario que había hecho la primera parte de la campaña hasta Pedernales. Los asaltantes, mejor dicho los asesinos, puesto que fué este su principal objeto, hirieron á ambos, dejando por muerto, con varias heridas á Melchor: la noticia llegó á Portoviejo por la posta, y sin embargo de la gravedad del caso, la Comandancia de Armas, no solamente no dictó providencia ninguna en favor de los heridos, pero ni siquiera obligó al Cirujano del Batallón, del cual mi hermano es Jefe, que fuera á curarlos. ¡Así paga la envidia y la maldicencia

los servicios de los más abnegados patriotas! Mi hermano Miguel, viene sirviendo al país, desde la campaña contra la Dictadura, y ha hecho todas las que han tenido lugar durante la actual administración, asistiendo á la mayor parte de los combates; pero ni siquiera estos títulos le han librado de la punible indolencia con que se ha procedido. Perdone el Honorable señor Ministro, este desahogo natural de mi sentimiento fraternal, y vuélvame á prestar su atención.

Como un deber de justicia, debo expresar aquí, para honra de todos los que han militado conmigo, que su conducta ha merecido mi más completa aprobación, sin dar motivos de queja en los lugares por donde hemos tenido que permanecer. Los Capitanes Cabrera y Arellano con la tropa de su mando, que por disposición del señor Director de la Guerra, me han acompañado marchando bajo mis órdenes, se han distinguido en todos los actos del servicio: sufridos, perseverantes y subordinados, ellos son dignos defensores del orden, dentro de la órbita legal de las leyes. Si algún acto indigno se ha cometido en otra parte, no ha llegado á mi conocimiento; pues jamás habria consentido que se violen las garantías á que son acreedores todos los ciudadanos honrados.—Muy recomendable es también, el digno comportamiento de los vecinos de Pedernales, y demás lugares de la costa por donde hemos permanecido: los señores Pastor del Pozo, Belisario Jimenes, y Francisco Moreira Macías, nos han proporcionado sus bestias, sus ganados y diferentes recursos para la campaña. En general, los pobladores de esos sitios se han mostrado adictos al Gobierno legal, y mucho nos han favorecido con noticias y con su cooperación personal. La costa norte, es digna de atención por el emporio de riquezas de todo género que encierra: sus selvas cubiertas de árboles gigantescos, y sus terrenos feracisimos, envidiables para todo hombre laborioso, están cruzados por una multitud de rios navegables, colmados de abundante pezca, ofrecen á la República un porvenir sumamente halagüeño.

Voy á terminar este informe que ha tenido mayor extensión, de la que al principio me propuse; pero no lo haré sin asegurar al Supremo Gobierno, que ni en esta campaña, ni en todo el tiempo que he gobernado esta provincia, he tenido participación ni ejecutado ningún acto que pueda acarrear mengua y desdoro á la presente administración: las difíciles emergencias que han sobrevenido, las he

conjurado sin atropellar el derecho de los ciudadanos, ni agobiar á los pueblos con contribuciones ni empréstitos onerosos: en suma, no he hecho uso de las facultades extraordinarias, ni optado por las medidas violentas. Mi política observada, ha sido conforme con la que el Gobierno ha trazado desde el primer momento: garantías prácticas, lenidad para con los extraviados, á menos que por hechos cometidos, hayan sido responsables ante los tribunales de justicia. En la prosecución de esta línea de conducta, he hecho el sacrificio anticipado de mi tranquilidad, de mis intereses, y aún de mi vida misma, para corresponder dignamente á la confianza en mí depositada. Mis actos oficiales son del dominio público, y de ellos responderé ante Dios, ante el país y ante la historia.

Dios guarde á Us^a Hble.

José Antonio María García.

DOCUMENTOS.

Nº 25.—República del Ecuador.—Jefatura de Operaciones y Comandancia de Armas de Manabí.—Portoviejo, Abril 12 de 1887.—Señor Gobernador de la Provincia.—No teniendo el número de fuerza, ordenado por el Gobierno, que es el de seiscientos plazas, y solo cuento con el de quinientos cuarenta, como lo puede ver US. en el estado que le pasé ayer, y siendo necesario que en las actuales circunstancias se eleve á ese número el pié de fuerza para atender debidamente á las partidas de montoneros armados, espero que US. se sirva proveer esas altas.—Dios guarde á US.—*Manuel E. Avilés.*

* * *

Nº 22.—República del Ecuador.—Gobernación de Manabí.—Portoviejo, Abril 16 de 1887.—Señor Coronel Comandante de Armas y Jefe de Operaciones.—Contesto su grato oficio nº 25, fecha 12 del mes corriente, en el cual me pide US. el número necesario, para llenar el pié de fuerza de seiscientos hombres, que deben mantenerse según las instrucciones que tiene US.

Aún cuando el Supremo Gobierno nada me ha dicho á este respecto, no obstante, el infrascrito que nunca ha omitido, ni omitirá medio alguno que conduzca á la pacificación del país y al exterminio de las falanges insurrectas, dará inmediatamente sus disposiciones, para reunir, no solamente el completo de los mencionados seiscientos hombres, sino todo el número que las circunstancias hicieren necesario.

US. sabe perfectamente, que entre las atribuciones de esta Gobernación, está la de llamar al servicio toda la Guardia Nacional de esta provincia, si fuera necesaria. Antes de recibir la comunicación de US., ordené al señor Coronel del Batallón Jipijapa, acuartelara todo el número de milicianos que puedan ser armados con los rifles disponibles; dichos milicianos, serán incorporados al Batallón Manabita. Sucesivamente daré otras órdenes, para aumentar la guarnición de esta plaza.—Dios guarde á US.—*José Antonio María García.*

* * *

Nº 20.—República del Ecuador.—Gobernación de Manabí.—Portoviejo, Abril 15 de 1887.—Señor Coronel Comandante de Armas y Jefe de Operaciones.—Presente.—Según se me comunica oficialmente de Jipijapa, ya US. tiene conocimiento de los aprestos bélicos que hacen los montoneros en las montañas de Paján, cuyos aprestos obedecen á planes combinados con antelación, según se ve por los datos que se han suministrado á esta Gobernación. Desde luego, el tino militar de US. sabrá, no lo dudo, escogitar las medidas oportunas para conjurar la situación, é impedir que los tenaces é incansables enemigos de la paz pública, lleguen, no solamente á alcanzar ninguna ventaja sobre los leales servidores del Gobierno, pero ni siquiera á avanzar un solo paso que pueda hacerles presumir pasajeramente la probabilidad de un triunfo. Por esto, y para lo que á US. puedan servir las indicaciones del infrascrito, me permito decirle, que soy de opinión que antes de que los montoneros aumenten sus filas y acumulen mayores recursos, convendría atacarlos sin demora con dos divisiones: una de ellas tomaría la vía recta de Jipijapa á Paján, y la otra, la de Sucre á la Palma. Para esto podría tomarse de la guarnición de esta plaza, ciento, ó ciento cincuenta hombres, á la vez que llamar inmediatamente al Capitán Govea para emplearlo donde las circunstancias lo hagan necesario.

Para garantizar la seguridad de esta capital, esta Gobernación llamará al servicio activo de las armas, el número conveniente de milicianos, y al llevarse á efecto la expedición que indico contra los montoneros, estarán disponibles todas las bestias que necesite la oficialidad y el parque; pero en este caso, se servirá avisármelo para dar mis disposiciones. Por lo que pueda ocurrir, he ordenado al señor Coronel González, que acuartele todos los milicianos que pueda, y los entregue al señor Coronel García, dando cuenta á US.

Si estas indicaciones merecieran la aceptación de US., me lo participará para dar mis órdenes.

Además, sería muy oportuna la concentración de la fuerza de Manta á esta plaza; pues el aislamiento en que se encuentra, es inconveniente á mi juicio.

Terminaré manifestando á US., que si la enfermedad que actualmente me aqueja, no me lo impidiera, ofrecería acompañar á cualquiera de los Jefes de división, en las

operaciones bélicas; pero si como lo espero, me restablezco, pronto estaré para acompañarlos.—Dios guarde á US.—
José Antonio María García,

Nº 26.—Jefatura de Operaciones y Comandancia de Armas de Manabí.—Portoviejo, Abril 16 de 1887.—Señor Gobernador de la Provincia.—En vista del estimable oficio de US. nº 20, me es grato contestar lo siguiente: Primeramente agradezco la oferta que hace US. de acompañar á alguno de los Jefes expedicionarios, para atacar á los montoneros, dado el caso del restablecimiento de su salud, que se lo deseo y acepto su oferta. Así mismo, debo manifestar á US., que acepto las indicaciones que se me hagan y que puedan surtir efectos, cual los que nos proponemos conseguir; pues no son otros, que la destrucción de los contumaces montoneros, enemigos de la propiedad y del orden; y así, reciba US. mi agradecimiento por las que se ha servido hacerme aunque las considero impracticables por los motivos que paso á exponer: US. es sabedor de que en la actualidad, los esteros y ríos se encuentran llenos, y para llegar al lugar de las operaciones, donde se encuentran los montoneros, hay que pasar un sin número de éstos, y por consiguiente, son otras tantas emboscadas que ellos pueden ponernos, y daría por resultado la disminución de la fuerza, y ninguno favorable, por la imposibilidad de la persecución, atento á que nuestra gente no tiene hábito para el paso de ríos, en estado de hacerlo á nado, y como se carece de balsas ú otras embarcaciones, (*) mal se puede atender á una combinación pronta para el ataque por dos vías: además, estos sugetos tienen toda su gente montada en buenos bagajes, y el huir en caso necesario les es fácil, por ser muy conocedores de esos lugares y de los caminos, y bien podrían engañar la vigilancia de nuestras fuerzas, venir por vías escusadas y atacar esta plaza que quedaria no bien guarnecida, y donde pueden hacerse á recursos. Debemos, también, tener en cuenta la prescicia en Pedernales de Carlos Otoya, con su partida de bandoleros armados, y que bien puede estar de acuerdo con los de Paján, para atacar esta plaza, y desde luego, es la que más debe guardarse, así como la de Jipijapa, que ya se han impartido las órdenes del caso. Espero, sin embargo, para mejor acierto en las operaciones, el conocimiento

(*) Es falso que exista un solo río que haga necesario para el paso embarcaciones, véase la siguiente contestación.

de la aproximación de las fuerzas de Daule, cuya indicación hice á la Comandancia General, por un parte que remití á la oficina del cable de Santa Elena, y en el que pido un refuerzo de gente veterana, y que rectifiqué por oficio remitido en el próximo pasado correo, y á vuelta de vapor tendremos el resultado.

La fuerza que hace la guarnición de Manta, cuando recibí el oficio de US., ya había ordenado para la marcha á esta plaza, y debe llegar de hoy á mañana.

Dejó así contestado el oficio de US.

Con fecha 13 y bajo el número 25 oficié á US., cuya contestación no se me ha remitido, por lo que pido se sirva acusarme recibo.—Dios guarde á US.—*Manuel E. Avilés.*"

* * *

Nº 21.—República del Ecuador.—Gobernación de Manabí.—Portoviejo, Abril 16 de 1887.—Señor Coronel Comandante de Armas y Jefe de Operaciones.—Informado del contenido de su apreciable oficio nº 26, me he impuesto de las razones que se sirve aducir, para no llevar adelante el plan que me permitió indicarle en mi oficio de ayer, nº 20. Paso á exponer algunas consideraciones que US. aceptará en lo que valgan.

El conocimiento que tengo de los lugares en donde á la fecha tienen su guarida los montoneros, me hace considerar como infundadas las razones de US.

En efecto; emprendida la persecución en la forma que he indicado, no conozco vias excusadas por donde los montoneros pudieran instantáneamente caer sobre esta plaza; con tanta mayor razón, cuanto que ellos también tendrían que tropezar con los inconvenientes del mal camino, si es que éste fuera tan malo como á US. le han informado. Es completamente falso que en el tránsito existan rios que no puedan ser vadeables; pues los pequeños esteros que hay en la vía, solamente se presentan crecidos en los momentos de lluvia, y eso nunca al extremo de hacerse imposible el paso. Las asechanzas y emboscadas de que el enemigo pudiera hacer uso, solamente son graves al romperse los primeros fuegos, después, dentro del terreno montañoso, el combate es igual, y la ventaja siempre estará de nuestra parte, como hasta ahora ha sucedido. Para emitir estos conceptos, me abona la experiencia y la práctica ad-

quirida en tres años de esta clase de guerra. En la campaña que terminó con la jornada de San Antonio, la fuerza expedicionaria, haciendo marchas forzadísimas y soportando una estación aún más grave que la presente, avanzó hasta encontrar emboscado, y en el terreno que tuvieron por conveniente, al enemigo; y sin embargo de esto, el éxito fué siempre favorable á las armas del Gobierno. Los temores que US. manifiesta de ser atacada esta plaza, en combinación con las fuerzas que se cree existen en Pedernales del enemigo, también son completamente infundados: 1° porque la tal fuerza de Pedernales no existe, como tampoco existen los cien hombres de Chone: 2°, porque esta plaza estaría segura, dejando en ella una guarnición de cien hombres.

Desde que tuve conocimiento de la noticia de Pedernales y Chone, despaché postas para inquirir la verdad; y tengo contestaciones de fechas muy recientes, las cuales desmienten por completo las noticias que US. ha recibido. —US. sabe perfectamente, que entre los medios más fáciles para entorpecer las operaciones militares, está el de hacer circular noticias como las de que me ocupó. En este caso, al darse crédito á todo, dejándose de proceder por infundados temores, no se podría jamás alcanzar un éxito favorable.

Estas consideraciones, como he dicho arriba, US. puede valorizarlas como mejor le convenga; puesto que las operaciones militares le corresponden directamente á US. —Dios guarde á US.—*José Antonio María García.*

* * *

N° 27.—Al mismo.—Abril 22 de 1887.—Acabo de recibir un posta de Jipijapa, el cual ha sido conductor de una comunicación que me dirige el Señor Coronel 1° Jefe del Batallón Guardia Nacional n° 47, cuyo contenido es el siguiente:

“(Aquí el oficio participando los movimientos y la dirección que han tomado los montoneros según posta recibido.)”

Según las noticias que contiene el oficio inserto, se comprende perfectamente que los montoneros están completamente imposibilitados para atacar; pues su número, calidad y armamento, son cosas que en el momento de un combate se pronunciarían en su contra. Creo, además,

que la retirada de Paján, obedece al temor que tengan por la aproximación de la fuerza de Montero, que á la presente ha debido moverse sobre ellos.

Es, pues, llegado el momento de combinar un ataque que acabará irremediabilmente con ellos, si se lleva á efecto con prontitud y actividad; y, aún cuando US. me ha manifestado oficialmente su intención, para no tomar iniciativa en el ataque, me permito indicarle el siguiente plan de campaña: destacar de esta ciudad, ciento cincuenta hombres, con dirección á Mantuales, por la vía de Píla; tomar de las fuerzas de Jipijapa, otros cien hombres y hacerlos avanzar por la vía de El Jurón, todo en combinación con las fuerzas que salgan de esta ciudad.

Llegando nuestra fuerza á los sitios que indico, estaré en posibilidad de tomar cuantas noticias necesiten para buen éxito de las operaciones, y podrán avanzar sobre costa si así fuere necesario. Estas indicaciones, nacidas de mi interés, por ver terminado un asunto de tanta importancia, puede US. modificarlas de la manera que lo estime conveniente; pero es necesario adoptarlas, por el buen nombre é interés de la Patria, confiados á la discreción de US.—Dios guarde á US.—*José Antonio Marta García.*

* * *

N^o 34.—República del Ecuador.—Jefatura de Operaciones y Comandancia de Armas de Manabí.—Portoviejo, Abril 22 de 1887.—Señor Gobernador de la Provincia.—Me he impuesto del apreciable oficio de US., de esta fecha, en el que me transcribe el que á esa Gobernación dirige el Señor Coronel Don Joaquín González; pero como no se sabe de una manera positiva la marcha de los montoneros, y bien puede ser una medida extratéctica, creo no conveniente debilitar las guarniciones de esta plaza y de la de Jipijapa, ordenando la salida del número de gente de una y otra como US. lo indica, atendida la orden de la Comandancia General que trascribí á US. en oficio marcado con el n^o 27.

En virtud de la indicación que se ha servido hacerme, de la presencia de dos partidas de montoneros que se encuentran por Charapotó, esta tarde marcha en persecución de ellos, el Señor Comandante Don Emilio Solórzano con la gente de Govea y veinte individuos de tropa del número primero de línea y dos oficiales del mismo.—Dios guarde á US.—*Manuel E. Avilés.*”

* *

Nº 31.—República del Ecuador.—Gobernación de Manabí.—Portoviejo, Abril 27 de 1887.—Señor Coronel Comandante de Armas y Jefe de Operaciones.—Por los partes oficiales que he recibido en este momento, se sabe que los montoneros, rechazados de Colonche por las fuerzas del Gobierno, han tomado la dirección de Machalilla y Cantagallo, en vía para Manta ó Montecristí. En este concepto, opino que debe operarse un movimiento rápido, que necesariamente dará un resultado brillante, estrechados como están sobre la costa. Para esto, es preciso que mande US. salir de esta plaza, los ciento cincuenta hombres que le he dicho antes, para que operen sobre los territorios del cantón Montecristí, en la dirección que indicaré verbalmente. Pero, si por temores que son inexplicables, no tuviera US. un Jefe que quiera dirigir esta operación, sírvase US. poner á mis órdenes el número de fuerza que menciono, para ponerme yo á su cabeza personalmente; pues, aún cuando todavía no estoy completamente bueno de salud, sin embargo, tengo alientos para vencer como siempre, antes que consentir que el enemigo se pasee impunemente sin destruirlo, en el territorio que el Gobierno me ha confiado para su guarda y seguridad.

Espero la contestación de US.—Dios guarde á US.—
José Antonio María García. ()*

(*) Este oficio fué destrozado por el Coronel Avilés.

* *

Nº 17.—República del Ecuador.—Gobernación de Manabí.—Portoviejo, Abril 17 de 1887.—Señor General Comandante General del Distrito del Guayas.—Guayaquil.

Aprovecho el arribo del transporte nacional "Nueve de Julio" á Manta, para comunicar á S.S. algunas noticias de interés público.

Por partes oficiales que tengo á la vista, sé que las fuerzas de los montoneros se encontraban hasta hace cuatro dias en Paján, en número de docientos hombres, más ó menos, y que seguían reconcentrándose las últimas partidas dispersas: á la cabeza de ellas se encontraba el titulado General Ruiz Sandoval.

Me he dirigido oficialmente al Señor Coronel Comandante de Armas, manifestándole la necesidad que hay de expedicionar sobre los montoneros, antes de darles tiem-

po para que engrosen sus filas, y se me ha contestado negativamente, según lo verá U.S. por el oficio que en copia acompaño. Sin embargo, he insistido nuevamente, manifestándole las razones que tengo para considerar infundados los temores que expresa en su nota el Señor Comandante de Armas, y no sé si al fin se resolverá á expedicionar. Por mi parte, estoy pronto á ponerme á la cabeza de cualquiera expedición, tan pronto como me encuentre restablecido de una ligera enfermedad que me ha tenido postrado en cama estos últimos días de mi regreso de Manta.

No creo por demás decir á S.S., que nuestras fuerzas de operaciones se encuentran en esta plaza y en Jipijapa: en Jipijapa, docientos y el resto en esta ciudad, sin contar cincuenta hombres que están en Chone. La fuerza que estaba de guarnición en Manta, se ha reconcentrado hoy á esta plaza.

Para cualquiera eventualidad, he dispuesto que se acuartelen las milicias de Portoviejo y Riochico; así como también he ordenado al Jefe de la Guardia Nacional de Jipijapa, que acuartele todo el número de milicianos que se necesite para poner en mano todas las armas que existan disponibles en aquella plaza.

Respecto á las noticias que circulaban, de encontrarse en Pedernales Carlos Otoya, está comprobada su falsedad, y al efecto, acompaño á S.S. las comunicaciones que he recibido del Señor Capitán del puerto de Bahía, sobre este asunto.

Hoy día, como ya antes lo he manifestado, el punto objetivo está en el cantón Jipijapa, y es extraño que hasta ahora no se mande poner al frente de nuestras tropas á un militar competente por sus conocimientos militares.

Según aparece por la razón que me ha pasado el Señor Comandante de Armas, hay de fuerza efectiva disponible, quinientos cuarenta hombres, los cuales serán aumentados con los milicianos que se llamen al servicio.

Estas son, Señor General, las noticias que puedo suministrar á S.S. para su conocimiento y para los fines que le convengan.—Dios guarde á S.S.—*José Antonio María García.*

* * *

Nº 19.—Al mismo.—Abril 23 de 1887.—Consecuente con mi propósito de poner al corriente á S.S. de los acon-

tecimientos que tengan lugar en esta provincia, me permito acompañarle copia certificada de los oficios cruzados entre el infrascrito y el señor Comandante de Armas, en los cuales he procurado que se activen las operaciones, ya que considero como una mengua, permanecer en la inacción más completa, ante un enemigo miserable y acostumbrado á las frecuentes derrotas.

Tengo vergüenza, Señor General, que con un pié de fuerza de setecientos hombres, todavía se pida á S.S. mayor número de soldados: ni cuando tuvimos que habérsela con la revolución de 1884, ni después, ni en ningún tiempo durante esta guerra, hemos llegado á tener tan elevado número de fuerza, y siempre se ha llevado á cabo la persecución de una manera activa y provechosa. Yo tengo la experiencia adquirida de una manera práctica, y jamás me arredra el número de los montoneros, ni me causan pavor los supuestos ó efectivos peligros de asechanzas ó emboscadas. En combates como los que se libran en los bosques, después de disparado el primer tiro, el combate es igual, porque no existe ventaja de ninguna clase y la victoria siempre queda de parte del que está mejor organizado y dirigido.

Aquí estamos, Señor, en completa inacción y no se aceptan mis indicaciones, porque S.S. ha dado órdenes para que se reconcentren las tropas, y á esta orden se le ha dado la extensión de suponerse que no se debe atacar al enemigo.

Parece exagerado, Señor General, pero es la pura verdad; hoy día la fuerza pública, no cuenta sino con el recinto que ocupa, y el enemigo se pasea en Montecristi, Charapotó, Junín, Machalilla y en cuantas partes tiene por conveniente.

En Jipijapa se ha aproximado á una legua de distancia, y sin embargo, el Jefe de la fuerza no atacó por falta de órdenes.

Hay más de 200 caballos disponibles, que he puesto á disposición de la Comandancia de Armas, pero no sirven para nada, ya que mejor ha convenido mantenernos en los cuarteles.

He mandado acuartelar toda la milicia de la provincia, pero tampoco servirá para gran cosa, sino se toma una actitud enérgica.

Postrado estoy en cama, Señor, y esto me impide ponerme á la cabeza de una expedición, aún cuando fuera

de milicianos, y estoy seguro que bien pronto, la partida del aventurero Ruiz estaría deshecha.

Ojalá S.S. dicte medidas enérgicas y terminantes, que conduzcan á un resultado digno y honroso.—Dios guarde á S.S.—*José Antonio María García.*

*
*
*

Nº 112.—República del Ecuador.—Gobernación de Manabí.—Portoviejo. Abril 17 de 1887.—Señor Comandante del Transporte Nacional “Nueve de Julio.”—Manta.—Tengo á la vista su apreciable oficio de esta fecha, y de acuerdo con sus pormenores doy á U.S. las noticias siguientes.

Las fuerzas de los montoneros se encuentran en Paján, en número de docientos hombres, según el último parte que he recibido: seguían reconcentrándose todas las partidas que se encontraban dispersas.

Nuestras fuerzas están en Jipijapa y en esta Capital: en Jipijapa docientos y pico de hombres, y aquí el resto. Tenemos, además, cincuenta hombres en Chone; por todos quinientos hombres.

He ordenado al Jefe de la tropa que abra operaciones sobre el enemigo, y se me ha contestado negativamente, porque dice ser imposible por las dificultades que presenta la estación.

Aquí ha circulado la noticia, de que Cárlos Otoya se encuentra en Pedernales con gente armada, pero según informes que he recibido, estos rumores son completamente falsos.

Remito comunicaciones para la Comandancia General, que espero entregue U. á la autoridad de Santa Elena, para que sigan por la posta, si es que la nave de su mando no sigue hasta Guayaquil.—Dios guarde á U.—*José Antonio María García.*

*
*
*

Nº 132.—República del Ecuador.—Gobernación de Manabí.—Portoviejo, Mayo 2 de 1887.—Al Ilmo. y Rmo. Señor Obispo de esta Diócesis.—He tenido el honor de recibir su apreciable oficio de esta fecha, en el cual se sirve solicitarme noticias respecto á la prisión del Señor Cura de Montecristi, Doctor Cirielli, ejecutada por los monto-

neros. Este tristísimo acontecimiento lo he sabido de una manera particular, pero con toda clase de apariencias de ser verdadero. Desde luego, lo he sentido y lo siento, tanto por el aprecio particular que tengo por este Sacerdote, como por el germen de inmoralidad que viene cundiendo, por hombres que no respetan la religión, ni la moral, ni la ley, fatal perspectiva para nuestra sociedad, y la cual yo como primer mandatario de esta provincia, me propongo extinguir con todas mis fuerzas.

Lo acontecido con el Doctor Cirielli, no es otra cosa que la repetición de lo realizado con el Señor Doctor Servat, Cura de Paján, á quien tomaron preso, y retuvieron consigo hasta el pueblo de Colonche, donde pudo fugarse, merced á la derrota que los insurrectos sufrieron por las fuerzas del Gobierno.

Ruegue S.S. Ilustrísima, que el Sér Supremo, única fuente de toda Misericordia, ilumine mi inteligencia, para combinar de la mejor manera posible las operaciones que den por resultado el aniquilamiento completo de las partidas armadas que hoy amenazan, no solamente al Gobierno, y á las instituciones del país, sino también las bases de religión y moral de nuestra sociedad.

Dígnese S.S. Ilustrísima, aceptar en esta vez, como siempre, la expresión de mi respecto y consideraciones.—Dios guarde á S.S. Ilma.—*José Antonio María García.*

*
* *

República del Ecuador.—Gobernación de Manabí.—Pedernales, Mayo 18 de 1887.—Señor Gobernador de la Provincia de Esmeraldas.—Señor:—Son las 8 a. m., hora en que he llegado á este pueblo, á la vanguardia del Ejército de Manabí, cuya División se compone de más de 500 hombres, listos para marchar hasta esa provincia, si acaso fuera necesario; pues, el intruso Sandoval, tomó la vía de Mongolla, después de separarse de Chone. De Mongolla, se embarcó en balsas trayéndose á nado la caballada que se asegura en este pueblo, la han dejado en el Río de Plátano, por lo que, en este acto, mando dos individuos á ese punto, para que me den razón del paradero de dichas bestias y del rumbo que haya tomado el enemigo. Por consiguiente, espero me conteste anunciándome lo que sepa del enemigo, y si está en el territorio de la provincia de su mando, para avanzar á marcha redobladas y ata-

car por los puntos que U.S. se servirá indicarme. de acuerdo con el Señor Coronel Almeida, Comandante de Armas de esa provincia.

Le intereso, Señor Gobernador, que la contestación sea lo más pronto posible, para poder continuar mi marcha ó contramarchar á la Capital de esta provincia.—Dios guarde á U.S.—*José Antonio María García.*

República del Ecuador.—Gobernación de Manabí.—Pedernales, Mayo 18 de 1887.—Señor Jefe Político del Cantón Sucre.—Bahía de Caráquez.—He recibido el oficio del Señor Gobernador de la provincia de Esmeraldas, que con fecha 13 del presente dirige á U., contestando su oficio fecha 12 del mismo mes.

El infrascrito, desde las 8 a. m. del día de hoy que llegó á esta parroquia, ha mandado dos postas á Esmeraldas, el uno por tierra y el otro por agua, anunciando al Señor Gobernador de esa provincia, el arribo de nuestras fuerzas á ésta, con disposición de marchar sobre Esmeraldas, si así lo exigen las circunstancias. Por tanto, desearia que el "Nueve de Julio," viniese á este puerto, á trasportarnos á Atacames, para estar al habla con las autoridades de Esmeraldas, y poder protegerlas, caso de que los facciosos traten atacar esa plaza, débil por ahora, por las pocas fuerzas que se encierran allí. Esta necesidad, hágala U. en el acto trascendental al Señor Comandante del "Nueve de Julio," para que sin pérdida de tiempo venga á trasladarnos á Atacames, pues es de urgente necesidad.

Lo que digo á U. para su pronto cumplimiento.—Dios guarde á U.—*José Antonio María García.*

* * *

República del Ecuador.—Dirección de la Guerra.—Abordo del "Cotopaxi."—Esmeraldas, á 27 de Junio de 1887.—Al Señor Coronel, Gobernador de la Provincia de Manabí.—Por el muy apreciable oficio de U.S., fechado hoy, tengo conocimiento de su arribo á la ciudad de Esmeraldas, con la fuerza que puse á su mando, para la persecución de los desnaturalizados enemigos del orden

Al contestar á U.S., creo de mi deber manifestarle:

que esta Dirección de la Guerra, está al corriente y muy satisfecha, de las atinadas combinaciones dispuestas por US., para la terminación de la campaña contra los ostinados montoneros en la Provincia de su mando; así como del entusiasmo, actividad, valor y pericia con que ha combatido en defenza de la Patria; y por esto se complace el suscrito, en tributar á US., en su nombre y el del Supremo Gobierno, los más cumplidos agradecimientos.—Dios guarde á US.— *Reinaldo Flores.*

Son copias.

EL SRIO. DE LA, GBÓN.
ANTONIO SEGOVIA.

